

CHEVALIERS Y SAMURÁIS. COMPARACIÓN ENTRE LA CABALLERÍA FEUDAL EN EUROPA Y JAPÓN

César PELLICER MARCO¹

RESUMEN

Estudio comparativo histórico-militar entre dos concepciones aparentemente lejanas, pero en el fondo coincidentes, de la caballería a ambos lados del mundo. Para ello, acotaremos el espacio temporal en el feudalismo: la Plena y Tardía Edad Media europea (siglos XI-XV), y la Era Feudal japonesa (Períodos Kamakura, Muromachi y Azuchi-Momoyama, siglos XII-XVI) atendiendo a los rasgos más característicos de la caballería en ambas culturas, así como a sus similitudes y diferencias. Y no sólo en el plano estrictamente militar, sino también en el socio-cultural, con especial atención a los valores caballerescos y al estatus aristocrático asociados al auge de los caballeros y los samuráis.

PALABRAS CLAVE: Caballería, caballerosidad, feudalismo, aristocracia, *Miles Christi*, guerra santa, código de honor, moral, lealtad, samurái, *hatamoto*, *bushi*, *Bushidô*, arco, lanza.

¹ Graduado en Historia por la Universidad de Valencia, especializado en Hª Medieval, Moderna y Militar, y estudiante de la lengua y cultura japonesas. Ha cursado un posgrado de Historia Militar en el Instituto Universitario Gutiérrez Mellado y un Máster en Marketing Político y Comunicación Institucional en la Universidad Católica de Valencia. Dirección de correo electrónico: caesarmagnus93@gmail.com

ABSTRACT

Historic and military paper comparing two views on chivalry and cavalry, apparently far from each other, but truly coincidental and similar. For that purpose, the times of feudalism shall be taken as the frame for the comparison in both medieval Europe (11th to 15th centuries) and Japan (Kamakura, Muromachi and Azuchi-Momoyama Eras, from 12th to 16th centuries), taking into consideration the most relevant features of horse-riding in the two cultures. Not only will it be a strictly military study, but the chivalric values and aristocratic lifestyle associated to the rise of knights and samurais will be analyzed in detail as well.

KEY WORDS: Cavalry, chivalry, feudalism, aristocracy, *Miles Christi*, holy war, code of honour, moral, loyalty, samurai, *hatamoto*, *bushi*, *Bushidô*, bow, lance.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

«La época de la caballería se ha ido. La de sofistas, economistas y calculadores ha triunfado, y la gloria de Europa se ha extinguido para siempre»².

A sí definió Edmund Burke en sus *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* la Europa de su tiempo, cuyas raíces y valores nobiliarios estaban siendo extirpados por el ardor revolucionario de la burguesía. ¿Y qué mejor forma de afirmar que la vieja Europa había muerto vinculándola con la idea de la caballería? No en vano, al contrario que en otras culturas, en nuestro continente la asociación entre la aristocracia feudal que montaba a caballo con valores de cortesía, benevolencia y bravura, trascendió al propio feudalismo, encumbrando la imagen de caballero como símbolo de lo civilizado e ideal de perfección. Con la muerte de éste en la era revolucionaria e industrial –como decía Burke– moría también la gloria de Europa.

² KEEN, Maurice: *La Caballería*. Ariel, Barcelona, 1986, pág. 13.

Eso sí, no cabe pensar que nuestra cultura ha sido la única en emplear el caballo como arma y distintivo social a la par. Muchos otros pueblos igual de belicosos que nosotros asociaban el caballo con el estatus social: en el mundo musulmán, un buen caballo era más apreciado que un esclavo o un ‘*kafir*’ (infiel); el imperio mongol basó su expansión en la arquería montada; en China, gracias a sus enormes llanuras, las artes de la caballería fueron ampliamente desarrolladas. Incluso la Antigua Roma hacía la distinción entre plebeyos y ‘*equites*’, dotando a estos últimos de un aura nobiliaria.

Sin embargo, en ninguno de estos casos se dio un fenómeno tan profundo y duradero como el de los caballeros cristianos europeos del Medievo, que no sólo adquirieron rango de estamento (hidalgo, conde, duque, todos ellos instituidos en base a orígenes relacionados con la caballería), sino que se convirtieron en modelo de virtud: los *Milites Christi*, protectores de la Iglesia, defensores de los pobres, cortesés con las damas y fieles a su señor. Más conocidos por el gran público con el novelesco nombre de «**caballeros andantes**», se erigirían en símbolo de toda una época.

Como veremos en el presente trabajo, el fenómeno de la caballería feudal tuvo mucho que ver con el vacío de poder que asoló Europa desde la caída de Roma y el fracasado intento de Carlomagno por restaurar un poder centralizado y ordenado. Durante siglos, las huestes de guerreros a caballo que dominaban los campos de batalla se instituirían en autoridades competentes en sus regiones, adoptando formas de poder regio. Así, los que antaño fueran meros bárbaros a caballo, acabarían por transformarse en reyes y príncipes, ávidos por dotarse de una legitimidad política y moral con la que llenar el vacío de poder existente.

Así es como, ya en el siglo XI, se nos presenta el caso de los normandos de Guillermo el Conquistador, quien no reparó en esfuerzos por legitimar su imagen, dotando a sus campañas de una sacralidad bélica. Ese mismo siglo, las Cruzadas harían temblar los cimientos de la Cristiandad, despertándola de un largo letargo y haciéndole reaccionar frente a la amenaza del Islam. Nació de este modo la guerra santa y, como producto de ésta, el concepto de caballero cristiano. El guerrero montado dejaría, pues, de ser un vulgar saqueador y pasaría a contar con códigos de honor y privilegios sociales inigualables.

Asimismo, las ya de por sí complicadas relaciones interpersonales entre señores y siervos, que ya venían dándose desde tiempos carolingios, se jerarquizaron en extremo, dando lugar al feudalismo que inundó todas las facetas de la sociedad europea. Unido éste al poder que ostentaban las élites guerreras, y enriquecido con la adición de los ideales caballerescos y de guerra santa, podemos decir que el sistema de relaciones feudo-vasalláticas

de la Plena Edad Media alcanzó un nivel de complejidad como pocas veces se haya visto en la Historia, cosa de la que dan buena cuenta los documentos de la época, en los que los litigios por tierras y prerrogativas, el protocolo de tratamiento en función de los rangos, o elementos aparentemente menores como los títulos y la heráldica, demuestran lo sofisticado –y ciertamente abigarrado– de la jerarquía social medieval en Europa.

Pero nuestro trabajo no es un mero estudio lineal sobre la caballería europea. Como el título «*Chevaliers y Samuráis*» indica, nuestro propósito es realizar una comparación histórico-militar entre el caballero occidental y uno de los guerreros más fascinantes del mundo: el **samurái**.

Salvando las distancias, vemos en el Japón feudal –siglos XII a XVI– sorprendentes similitudes con el devenir de la caballería europea, tanto a nivel militar como estamental. También en la Edad Media nipona se produjo una transición abrupta entre un poder centralizado (el gobierno cortesano de Heian, en Kyoto, comparable a la Roma imperial) a uno de marcado tinte guerrero (Shogunato Kamakura, en los siglos XII-XIII, homologable a Carlomagno), que desembocó finalmente en un sistema completamente descentralizado, eminentemente bélico y con un complejo sistema feudal (pérdida de poder del Shogún y hegemonía de los señores feudales *gokenin* y *daimyos* que nacieron del conflicto Nambokuchô en el siglo XIV, análogos a los duques, condes y barones que gobernaban las regiones europeas).

Aquí y allá se dio una vinculación a nivel político y simbólico de la clase gobernante guerrera con el uso del caballo (caballeros y *bushi*), llegando incluso a niveles de veneración por este animal, al que dotaban de virtudes propias. A su vez, en ambos casos se pasó de regímenes centrales, civiles, dominados por cortes imperiales, a unos fragmentados, provinciales y dominados por élites de señores-caballeros. Semejantes analogías en sendas evoluciones históricas hace tanto más interesante esta comparación que nos ocupa.

En lo que al aspecto más puramente bélico se refiere, sí que encontramos vastas diferencias en las tácticas, estrategias y formas de usar el caballo. Como veremos en detalle más adelante, así como en la Europa feudal primaban las cargas de orden cerrado, amén de un armamento cuerpo a cuerpo como lanzas y espadas, en Japón el caballo se veía como plataforma para disparar con arco, en lo que apreciamos una marcada influencia mongola de arquería montada. De suerte que, mientras en Europa todo buen caballero debía entrenar con las lanzas, mostrando sus habilidades en el campo de batalla y en las lides de torneos, en Japón un guerrero que se preciara debía

seguir el «Camino del Arco y el Caballo»³, puliendo sus habilidades de tirador, y tratando siempre de evitar un choque directo con el enemigo en el que su vida y la de su caballo peligraran innecesariamente. Y si el combate cuerpo a cuerpo amenazaba con ser inevitable, era preferible desmontar y usar la espada en combate directo.

En fin, tanto en Europa como en Japón, con sus notables diferencias, los conceptos de caballería militar (*'cavalry'*, en inglés) y caballería estamental y espiritual (*'chivalry'* o *'knighthood'* en lengua shakesperiana) quedaron unidas indivisiblemente, por lo que cualquier estudio sobre el caballero quedaría cojo si dejara de lado una de esas dos facetas. Así lo hemos entendido nosotros a la hora de estructurar esta tesis comparativa. Por ello, centrando nuestro análisis a la época feudal de ambas culturas, realizaremos un amplio estudio, tanto a nivel militar como estamental y simbólico, de la caballería. De esta guisa, pondremos uno frente a otro al *chevalier* europeo con el *samurái* japonés.

CABALLERÍA EUROPEA

Desde tiempo inmemorial, la caballería fue una de las protagonistas de la guerra en Europa. Ya en Roma destacaba el lustroso título de *'equites'* tanto para designar a las tropas montadas en batalla como a modo de distinción social elevada. La caída del Imperio llevó al colapso político del continente, que se vio asolado por la llegada de tribus germánicas, vikingos, magiares y sarracenos, que historiográficamente se suele conocer como los «Años oscuros». Pero algo se mantuvo estable dentro del caos imperante: durante los siguientes 1.200 años tras la caída de Roma, período que conocemos como el Medioevo, la caballería se erigió progresivamente como la fuerza hegemónica de los campos de batalla, siendo la principal pieza estratégica y táctica sobre el mapa, amén de convertirse en un estamento propio: el de caballero.

No en vano, como destacan algunos autores, el largo período que va entre las invasiones vikingas hasta la Guerra de los Cien Años, puede ser descrita como la «Era del Caballo» en Europa⁴, en la que la supremacía del caballero con respecto a la infantería fue absoluta hasta el surgimiento de una serie de novedades armamentísticas que iría mermando el poderío de los jinetes.

³ 弓馬の道 (Kyûba no Michi), en la que 弓(kyû) significa “arco”, 馬(uma, ba) es “caballo” y 道(michi) es “camino”.

⁴ BENNETT, Matthew, *et alii.*: *Técnicas bélicas del Mundo Medieval 500-1500*. Libsa, Madrid, 2007.

Edad dorada del caballero feudal

El nacimiento del caballero feudal no fue casual, sino que más bien fue fruto de un sistema social y de una necesidad militar muy concretos⁵. Como muestran los relieves de la Alta Edad Media, la caballería ya era el principal brazo armado de los reinos germánicos para hacer frente a las hordas invasoras. Asimismo, poseer un caballo y buenas armas no estaba al alcance de todo el mundo, por lo que la adquisición de monturas de buena raza –tanto en cantidad como en calidad– era privilegio de la nobleza terrateniente en cuyas manos se concentraba el dominio de la tierra. Ni siquiera Carlomagno, afanoso por potenciar la infantería tomando las legiones romanas como modelo, pudo alterar este hecho, por lo que la caballería se mantuvo como núcleo de sus ejércitos.

Ahora bien, en lo que a táctica se refiere, autores como Bernard S. Bachrach han puesto en duda que la caballería carolingia fuera una fuerza de choque como tal. Más bien, según este autor, las tropas montadas llevarían a cabo las labores de auxilio y exploración, pero no tanto las grandes cargas compactas que se darían posteriormente⁶. Por ello, como origen real de la caballería feudal, tanto en el plano militar como en el social, habríamos de tomar a los normandos de **Guillermo el Conquistador**, uno de los principales herederos de Carlomagno en lo que a liderazgo político y militar se refiere.

En aquellos tiempos, la lealtad al señor y la sed de gloria en el campo de batalla era lo que realmente guiaba a los caballeros en la batalla. La disciplina brillaba por su ausencia, y más que tácticas organizadas, primaba la intervención personal. Ahora bien, pese a esto, ya en las descripciones de Hastings, –entre las que se encuentra el Tapiz de Bayeux– se destaca el uso de tácticas organizadas y cargas de caballería en formación cerrada, lo que nos reafirma en nuestra visión de Guillermo como precursor de la caballería feudal tal y como la conocemos.

Para cargar con eficacia, era menester que la impedimenta del caballero y del caballo los protegieran adecuadamente, por lo que, en los siglos XII y XIII, proliferaron las novedades en armaduras pesadas: petos, grebas o bacinetes con viseras, amén de testeras y bardas para los caballos. Con el tiempo, a partir de la época de la invasión normanda y las cruzadas, la caballería evolucionó desde labores de exploración y escaramuzas, a ser ne-

⁵ DOUGHERTY, Martin J.: *Armas y técnicas bélicas de los Caballeros Medievales 1000-1500*. Libsa, Madrid, 2010.

⁶ BACHRACH, Bernard S.: *Early Carolingian Warfare: Prelude to Empire*. University of Pennsylvania Press, Pennsylvania, 2001.

cesaria para enfrentamientos directos contra el enemigo. En pocas palabras, el nacimiento del feudalismo y de una aristocracia terrateniente pudiente encumbraron a los caballeros como la principal fuerza de choque de todo ejército que se preciase. Y ello llevó a la transformación paulatina de una caballería ligera mal ataviada en época carolingia (con cotas de malla o petos de cuero a lo sumo) a los modelos de caballería pesada francesa y gótica del Medioevo pleno y tardío, cuyas cargas podían llegar a ser fulminantes, y cuyo armamento sólo podían costear las élites sociales. El sistema se retroalimentaba a sí mismo, tanto a nivel militar como estamental.

Así pues, fruto de las necesidades de la nueva era feudal, la caballería europea se desarrolló por vías muy distintas a las de las culturas colindantes. Tanto los mamelucos o los seléucidas empleaban modelos de caballería ligera, destacando los arqueros montados. Para los musulmanes y orientales –incluidos los japoneses, como veremos más adelante–, el caballo en sí mismo no era tanto un arma como una plataforma que ofrecía gran movilidad, ya fuera para disparar con arco o para flanquear al enemigo. Incluso la caballería pesada mongola del siglo XIII distaba mucho de estar igual de acorazada que la europea: su armadura en láminas, si bien les protegía durante los asaltos, eran más ligeras que las protecciones de placas cristianas; eso sí, se trataba de una caballería muy versátil que lo mismo atacaba con espada, lanza, o se alejaba para lanzar andanadas de flechas. La europea fue, al contrario, menos polivalente en ese aspecto.

En lo que respecta a las tácticas, si bien la caballería feudal era una parte menor de los ejércitos, era ciertamente la pieza esencial de los mismos. Por lo general, en la Europa Occidental primaban las huestes heterogéneas, de caballeros, infantes con picas, lanzas, e incluso espadas. La mesnada de Ricardo I en sus batallas de Tierra Santa –destacando la de Arsuf de 1191– es buen ejemplo de ello: casi 10.000 caballeros combinados con el doble de infantes, tropas pesadas, como infantería ligera, lanceros, arqueros y ballesteros, así como *turcoples* y *sergents* de a pie, como apoyo⁷. Por lo general, abundaban los profesionales de la guerra (los hombres de armas, posteriormente conocidos como *condottieri* o mercenarios), e incluso la infantería de leva, cuya baja moral y dudosa lealtad eran contrarrestadas con la presencia de caballeros aristocráticos que dirigieran el combate e infundieran valor a los aliados, bien desde la retaguardia, o mediante sus cargas. Cargas que, a su vez, fueron variando en complejidad, surgiendo estilos de gran eficacia como la carga en cuña, cuyo fin era penetrar en la formación del enemigo y facilitarle la tarea a la infantería amiga.

⁷ FLORI, Jean: *Ricardo Corazón de León*. Edhasa, Barcelona, 2002, págs. 158-184.

Sin embargo, no por ser más devastadora debemos pensar que la caballería era invulnerable ante el enemigo. De hecho, paralelamente al auge de la caballería pesada, también lo fue el uso de regimientos de **piqueros** –cuyas picas asustaban a los caballos–, así como de **arqueros y ballesteros**. Podríamos decir que estos últimos eran los archienemigos del caballero por excelencia.

Ahora bien, la pobre armadura y el escaso alcance de saeteros y ballesteros durante la Alta y Plena Edad Media, los hacía sumamente ineficaces contra las cargas de caballería. Habría que esperar al nacimiento de las repúblicas burguesas italianas en el siglo XII para que se alterase realmente la situación: ya que no podían depender de la caballería en batalla al no contar con un sustrato social nobiliario que costeara caballos y armaduras, estas Repúblicas centraron sus esfuerzos en la lucha a distancia, fomentando el uso de petos y cascos entre los tiradores. También se incrementó la potencia y alcance de los proyectiles especialmente con ballestas y arcos largos, dando lugar a tropas tan memorables como los ballesteros con pavés genoveses. Sus victorias haciendo frente a los caballeros imperiales Hohenstaufen elevaron su fama, convirtiéndolos en codiciados mercenarios para toda Europa, demostrando que la caballería no era tan invencible como se creía.

Como si de una carrera se tratase, los caballeros respondieron a esto con un reforzamiento progresivo de su protección, mediante armaduras de cuerpo entero que contrarrestasen los disparos de ballestas, arcos y arcabuces. Ya en el siglo XV, una armadura de batalla podría llegar a los 28kg, mientras que una de torneo superaría los 45kg. En cierto modo, estas palabras del historiador M. Bennett se convirtieron en una realidad: «La democratización de la muerte originada por la flecha y las balas significó que el soldado de caballería, que antes del 1300 había tenido poco miedo a morir en batalla, en los años siguientes se enfrentó a una probabilidad mayor de resultar muerto»⁸.

En fin, el declive de la caballería feudal a finales del medievo fue abrupto y traumático, coincidiendo con el auge de una infantería de proyectiles cada vez más amenazante y un estilo de guerra cada vez más sangriento. En los siglos XIV y XV, la guerra ya no consistía en meros asedios y encuentros esporádicos, sino en verdaderas batallas campales de gran crueldad. Gracias a las mejoras en armamento y estrategia, la infantería se acabaría imponiendo definitivamente. Muy variadas batallas así lo confirman: Aljubarrota, Crécy, Agincourt o Poitiers, siendo estas últimas la tumba del mito de invencibilidad del legendario *chevalier* francés, que encontró la horma de su zapato en los *longbowmen* ingleses y sus empalizadas defensivas.

⁸ BENNETT, Matthew: *op. cit.*, pág. 124.

La caballería como sistema político y militar colapsó junto al feudalismo, que fue sustituido por monarquías más centralizadas que reemplazaron parcialmente las pirámides feudo-vasalláticas por un sistema de méritos (nobleza de toga en sustitución de la nobleza de sangre). En la guerra, con el auge de fortificaciones de traza italiana, artillería y la necesidad de controlar el territorio, la caballería quedó relegada a un muy humilde segundo plano.



Figura 1. Caballero montado

(anónimo alemán, ca. 1520. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York).
Nótese el uso de armadura de placas completa en el caballero, como elemento indispensable para salvar la vida en las cruentas guerras bajomedievales y renacentistas., teniendo en cuenta la potencia creciente de las armas a distancia. Con el tiempo, dada la poca efectividad de semejantes armaduras en combate, acabaron por convertirse en meros objetos de coleccionismo regio y nobiliario, con detalles de orfebrería de gran maestría. La Armería del Palacio Real de Madrid es una buena muestra de los gustos de la época, con la impresionante colección del Emperador Carlos V de Habsburgo

Pese a todo, en lo social, el mito del caballero perduró durante los siglos que estaban por llegar, demostrando que los valores caballerescos habían quedado hondamente unidos a la idiosincrasia europea. La orden de caballería que nace a raíz de las gestas caballerescas –ya fueran históricas o literarias– fomenta la lealtad, el honor y la cortesía en los europeos, inspirándoles a adoptar un ideal de conducta noble, basada en valores cristianos y feudales, pero que acaba por trascender el Medievo. Esto es lo que veremos en el siguiente apartado.

Origen y valores del Miles Christi

Paralelamente al dominio militar de la caballería en el campo de batalla, nació el concepto de caballero como nuevo estamento social, vinculado a una serie de valores que han llegado hasta nuestros días. Es complicado especular sobre los orígenes exactos de la transformación de los antiguos ‘*milites*’ carolingios a los ‘*bellatores*’ feudales, pero autores como Josef Fleckenstein se han aventurado a centrar sus estudios en los normandos y los cruzados del siglo XI, como nexo de unión entre los guerreros altomedievales y los caballeros del feudalismo⁹.

Según este historiador alemán, la Iglesia fue el catalizador de la «cristianización» de las antiguas milicias carolingias, dotándolas de un aura noble y respetable. El paradigma de esta mutación sería Guillermo el Conquistador portando la bandera de San Pedro en la Batalla de Hastings, bandera que le habría ofrecido el Papa Alejandro II para inspirarle en la lucha contra los paganos. Así, Hastings, en lo simbólico, dejaría de ser vista como una batalla más entre caciques guerreros, y pasaría a ser parte de la guerra santa contra los infieles. También es destacable el papel del obispo Odón de Bayeux, quien lucharía en la susodicha batalla, dando a ver que la Iglesia y el poder feudal estaban unidos frente al enemigo común.

Finalmente, como un elemento más que notable en esta cristianización de la caballería, tenemos el evidente paralelismo entre el grito de batalla de los normandos en Hastings (1066), que fue «Dieu aie!» –según el *Roman de Rou* de Robert Wace– y la consigna de la Primera Cruzada (1095-99), arengada por el Papa Urbano II: «Deus vult!». Se trataban, pues, de acciones bélicas amparadas por la Iglesia según su concepto de la **Paz de Dios**, con la que pretendía poner fin a la violencia desbocada que siguió a la

⁹ FLECKENSTEIN, Josef: *La caballería y el mundo caballeresco*. Siglo XXI, Madrid, 2006, pág. 53.

caída de Carlomagno. De esta guisa, a partir del siglo XI, sólo existiría una clase de violencia legítima: aquella que defendiera la fe y que y protegiera a los débiles (*'defensio atque protectio'*).

A todo ello conviene unirle el afán de los jóvenes por ascender socialmente en una época en la que las relaciones feudo-vasalláticas estaban plenamente instituidas, y en la que la guerra era la única que ofrecía perspectivas de honor y gloria para ascensos rápidos. Siendo un hidalgo con algo de capacidad económica para costearse un caballo y una buena armadura, ¿qué mejor que batallar en nombre de la fe cristiana, no sólo ganándose el Cielo en lo espiritual, sino la gloria en lo terrenal, mostrando la propia valía al duque o conde local, con visos de ser admitido en su corte? Además de, no nos olvidemos, ganar cierta fama entre las bellas damas del lugar.

Ese es, según el ya mencionado Fleckenstein, amén de otros autores como Maurice Keen, el inicio del ideal del **Caballero de Cristo** (*Miles Christi*), imbuido en un comienzo del espíritu fervoroso de las Cruzadas en el siglo XI, y vertebrado según los ideales de cristianismo militante de San Bernardo y de los romances artúricos de Chrétien de Troyes del siglo XII¹⁰.

No cabe pensar que esta simbiosis entre caballería y fe fue meramente simbólica, sino que adquirió tintes políticos y sociales cuando, en 1231, el Emperador Federico II Hohenstaufen promulgó un nuevo código legal para el reino de Sicilia, las Constituciones de Melfi, en las que quedaba sólidamente regulado el concepto de caballería como estamento, y por lo tanto, **hereditario**. Así pues, ser hijo de hildalgos (*'filii militum'*) se convirtió en una clase social de pleno derecho. La caballería dejaría de ser abstracta y mística, como venía siendo desde los siglos XI y XII, y se convertiría en una cuestión de sangre, plenamente hereditaria y asociada a una serie de códigos y valores con los que demostrar la pureza de la propia alma.

Así, la nobleza, que en verdad no suponía más del 5% de la población, se erige como una élite tanto terrenal como espiritual, cuyo adiestramiento continuado en las artes bélicas y ecuestres se unía a su formación política como consejeros del rey y administradores de vastos territorios –de los que percibían las rentas con que subsistir–, y a su preparación moral, como guardianes del honor y defensores de la fe cristiana. El noble o caballero se convirtió, pues, no en un mero estamento, sino en una verdadera «forma de vivir»¹¹.

No es casualidad que, desde mediados del siglo XII en adelante, el **mecenazgo** de historias caballerescas fuera ubicuo en todas las cortes eu-

¹⁰ KEEN, Maurice: *op. cit.*

¹¹ SUÁREZ, Luis: *En los orígenes de España*. Ariel, Barcelona, 2011, pág. 47.

ropeas, aunque sobre todo en la francesa y borgoñona. Paradigmático es el ilustre caso de Felipe de Alsacia (1143-1191), conde de Flandes, quien participó en las Cruzadas, y que quiso plasmar su pasión por la caballería solicitando al celeberrimo Chrétien de Troyes la creación de una obra a la par caballeresca y religiosa: el *Perceval* o *Cuento del Grial*, en el que, como su título indica, se añadió al ya vasto mundo caballeresco el componente sagrado del Santo Grial, tan anhelado por los cruzados.

Otro caso destacable es el de Guillermo el Mariscal (1145-1219), cuya trepidante y fascinante biografía es el máximo exponente de caballero medieval: distinguido en batalla a los 18 años, se ganó la atención de Leonor de Aquitania y su esposo Enrique II. Participó en torneos y vivió en la corte Plantagenet, la más caballeresca del momento. No contento con eso, viajó a Tierra Santa como cruzado y, a la vuelta, formó parte de la alta política del rey Ricardo *Corazón de León*. Amén de todo ello, existieron rumores sobre sus posibles amoríos con la reina Margarita de Francia (al más puro estilo de Lanzarote y la reina Ginebra). En fin, Guillermo fue el paradigma perfecto de caballero aventurero, valeroso pero cortés, que odiaba estarse quieto en un mismo lugar, y que, en palabras de G. Duby, en sus hazañas quedaban reflejadas las de Arturo, Galván y los caballeros de la Tabla Redonda¹². Todo un modelo a seguir.

En el ámbito de la cortesanía española, tenemos a Ramón Llull, cuyo opúsculo sobre las normas de la orden de caballería resume todas y cada una de las facetas del buen caballero, y se convirtió en todo un referente para las generaciones posteriores, como el afamado Don Juan Manuel. Las instrucciones de Llull son muchas y muy variadas, pero nosotros citaremos tres en concreto, que sirven de descripción general de la caballería: «Oficio de caballero es mantener y defender la santa fe católica» (caballero cristiano), «tan noble cosa es el oficio de caballero que cada caballero debería ser señor y regidor de alguna tierra» (caballero aristocrático) y «oficio de caballero es mantener y defender a su señor terrenal» (caballero leal)¹³.

Y, por añadir una última –aunque no por ello menos relevante– referencia que nos sirva de colofón para definir con exactitud el susodicho modelo cristiano de caballería, transcribiremos a continuación las didácticas palabras con las que la Dama del Lago trata de explicar las esencias de todo buen caballero a un jovencito Lanzarote, quien estaría destinado a convertirse en el sin par Sir Lancelot. No por ser literaria cuenta esta cita con menos valor:

¹² DUBY, Georges: *Guillermo el Mariscal*. Alianza Editorial, Madrid, 1984.

¹³ LLULL, Ramón: *Libro de la orden de caballería*. Alianza Editorial, Madrid, 2016, págs. 33, 35 y 36.

La dignidad de caballero no fue establecida o creada como un juego: al principio, los caballeros no eran más nobles, ni de linaje más alto que los demás, pues del mismo padre y de la misma madre descendemos todos; cuando envidia y codicia comenzaron a extenderse por el mundo, y cuando fuerza empezó a vencer a justicia, todos los hombres eran iguales, en linaje y nobleza; pero cuando los débiles no pudieron sufrir ni soportar durante más tiempo a los fuertes, surgieron unos protectores y defensores para guardar a los débiles y a los pacíficos, para mantener la justicia y para evitar a los fuertes que engañaran y ultrajaran a los demás¹⁴.

La dama prosigue explicando la significación del atuendo y las armas del caballero, siendo que el cuerpo protegido por la cota de malla es como la Iglesia «encerrada y rodeada por la defensa de sus caballeros»; el yelmo, que está por encima de las demás armas, «indica que del mismo modo debe estar el caballero por encima de las demás gentes»; la lanza «bien recta y la punta muy cortante», al igual que el caballero ha de ser «noble, valiente y fuerte» con rectitud; la espada, que define la dama como el arma más honrada y digna, y que cuenta con dos filos y una punta: los filos para golpear a los enemigos de Dios y a los que maltratan al prójimo, y la punta, que simboliza la obediencia de las gentes al caballero, «pues la punta se clava y no hay nada que se clave con tanta dureza en el corazón como obedecer en contra de la propia voluntad»; y por último, el caballo que monta el caballero, y que la dama define como «el pueblo» que «debe ayudar al caballero cuando lo necesita, y el caballero debe estar sentado por encima del pueblo»¹⁵.

De esta guisa, de forma muy vehemente, la Dama del Lago instruye a Lanzarote no sólo en la superioridad moral y espiritual del caballero en cuanto que *Miles Christi*, sino también en su preeminencia social. La simbología de la espada y el caballo son, creemos, claras alusiones al poderío estamental de que gozaba el caballero dentro de la pirámide social del feudalismo.

La nobleza, por tanto, estaba en frontal oposición a la villanía, esto es, a la falta de honor¹⁶, siendo ésta una dicotomía mantenida en el Renacimiento y el Barroco, y muy presente en la literatura del Siglo de Oro español. El **honor** era entendido como la «voluntad de cumplir con el modo de comportarse a que se está obligado por hallarse personalmente con el privilegio de pertenecer a un alto estamento»¹⁷, es decir, la *noblesse oblige*, los deberes asociados a la altura del estamento. La aristocracia, tras la caída de los regímenes feudales

¹⁴ Anónimo: *Historia de Lanzarote del Lago*. Alianza Editorial, Madrid, 2010. pág. 149.

¹⁵ *Ibid.*, págs. 150 y 151.

¹⁶ SUÁREZ, Luis: *op. cit.*, pág. 99.

¹⁷ MARAVALL, José Antonio: *Poder, honor y élites en el siglo XVII*. Siglo XXI, Madrid, 1984, pág. 33.

y el auge de las monarquías administrativas y centralizadas, pierde su posición de predominancia estamental basada en la fuerza militar, por lo que la cuestión del honor y la sangre serán claves para justificar su posición en lo alto de la pirámide social. En consecuencia, la dicotomía entre el gentilhomme y el villano será acentuada hasta el extremo durante los siglos XVI y XVII, siendo el honor cualidad inherente a los nobles, y la cobardía y felonía, típicas de los plebeyos. La nobleza evoluciona, por tanto, de estar fundamentada en las armas a basarse en un «régimen convencional del honor»¹⁸. En este hecho, como veremos, encontramos una interesante coincidencia con la «cultura del honor» de los samuráis japoneses.

Finalmente, no podemos olvidarnos de la plasmación de los nuevos ideales nobiliarios en la **heráldica**. Valor, lealtad, cortesía, magnificencia, pertenencia a un linaje. Todo ello quedó reflejado, no sólo en las novelas caballerescas, sino en los muy numerosos escudos familiares y genealogías que tanto proliferaron desde el siglo XII.

En un comienzo, con el auge de las guerras feudales entre cristianos, surgieron una serie de distintivos para identificar a tal o cual guerrero montado. Al fin y al cabo, era más complicado diferenciar a un caballero enemigo vestido a la europea, que a uno musulmán.

Sin embargo, en aquella época de dominio absoluto de la caballería y de los valores asociados a ésta, esos meros distintivos pasaron a vincularse con la fama del caballero en cuestión, que, al formar una familia, usaría su blasón para englobar a su esposa e hijos. La complejidad de la simbología y la pompa heráldica fue en aumento, sobre todo durante el siglo XIII, con combinaciones de escudos entre familias cuando se unían vía matrimonial, o en casos como los lacayos vestidos con sobrevestas blasonadas que acompañaban a su señor.



Figura 2. Duelos de justas entre caballeros blasonados, según la miniatura ‘Herr Albrecht Marschall von Rapperswil’ del Codex Manesse de Zurich, siglo XIV (Universitätsbibliothek, Universidad de Heidelberg)

¹⁸ *Íbid.*, págs. 35 y 36.

En conclusión, de un humilde origen a modo de identificativo en batalla, nació la heráldica como método de distinción social, paralelamente a la caballería, cuyos orígenes también podrían ser calificados de humildes (de labores de exploración y pillaje, a emblema de clase acomodada y encarnación de virtudes cristianas), pero que acabaron por dar pie a un nuevo estamento feudal y a una verdadera forma de vida. Y es que, si bien ser considerado un *caballero* hoy en día ya no conlleva la necesidad de portar caballo y escudero, sí que han perdurado los principios caballerescos más elevados, que en cierto modo, se han convertido en virtudes universales.



Figura 3. Juana de Arco, la Virgen de Orleans

(Jan Matejko, 1886. MNP FR 90 inv.nr, Fundación Raczyński, en el Museo Nacional, Poznań, Polonia)¹⁹. El caso de la Dama de Orleans es perfecto para ilustrar la simbiosis entre caballería, espiritualidad y patriotismo. Juana de Arco, como los caballeros artúricos Galahad y Perceval, es representada como una figura joven y virginal, en la que se encarnan los valores cristianos más elevados. Aunque en su caso, la gesta que la elevará a los altares no es la búsqueda del Santo Grial, como en el de los dos susodichos caballeros, sino más bien cumplir con un deber terrenal inherente a todo buen caballero: servir al Rey con fervor y lealtad. Así pues, la historia de la Doncella de Orleans aglutina en sí las dos facetas principales del *Miles Christi* feudal —el servicio al rey y la defensa de la fe—, a la vez que es precursora de lo que vendrá a ser el auge del protonacionalismo durante la Modernidad: la lucha por la tierra, la Patria francesa, personificada en el rey. No en vano, Juana de Arco será paradigma de la transición de dos épocas: el Medievo y el Renacimiento, combinando caballería, fe y patriotismo

¹⁹ Mi más sincero agradecimiento al señor Jacek Orłowski del Museo Nacional en Poznań por su gran amabilidad a la hora de otorgarme el permiso para utilizar el cuadro *Juana de Arco* de Jan Matejko.

Como veremos en los apartados siguientes, pese a las diferencias entre el rol de la caballería militar europea y japonesa, y las incomparables tácticas que empleaban los combatientes a caballo nipones, se podrá comprobar que el auge y crepúsculo de la caballería cuenta con ciertos paralelismos con la europea. En lo social, se nos hace evidente que la relación entre el estamento guerrero y el feudalismo fue tanto o más profunda allí como en Europa, y que los valores asociados a esta élite guerrera serán ampliamente homologables a los del caballero occidental. Pese a sus disparidades, resulta llamativa la convergencia entre las concepciones que de la caballería tenían el cristianismo europeo y el confuciano-budismo que llegó a Japón desde China y que se unió al shintoísmo nativo. Todo ello lo abordaremos a continuación.

CABALLERÍA JAPONESA

Concluido nuestro repaso por los aspectos militares y simbólicos de la caballería europea, es momento de centrarnos en la otra parte de nuestra comparación histórica. Abordaremos, pues, el rol, la evolución y la importancia de los samuráis, comenzando en la era del feudalismo japonés, esto es, una vez instituido el Shogunato Kamakura, a partir del siglo XII, y abordando cuestiones tan amplias como el uso del caballo en combate, la preponderancia de la clase guerrera frente a la cortesana, o el código de honor *Bushidô* que se nacería inspirado –en épocas posteriores a la era feudal– por las epopeyas y leyendas de los samuráis.

Dominio del samurái a caballo

Así como es una cuestión debatible el delimitar los orígenes exactos del caballero cristiano europeo, con respecto a Japón sí que existen unos límites claros que marcan el fin del orden imperial y el nacimiento del estamento guerrero. Esa marca fue el año 1180, en que el poder centralizado imperial de la Corte de Kyoto (conocida como Heian-Kyo) colapsó, dando lugar al conflicto abierto entre las dos familias dominantes: los Taira y los Minamoto. Las **Guerras Gempei** (1180-1185), narradas de forma épica en el *Heike Monogatari*, socavaron el poder del Emperador, poniendo punto y final a la estable Era Heian. Con la victoria de los Minamoto, el gobierno cortesano fue sustituido por una camarilla guerrera, instituyéndose el primero de los tres shogunatos de Japón: el **Shogunato Kamakura**.

En tanto que gobierno paralelo al del Emperador (que no fue depuesto, y que seguía contando con su cámara de cortesanos, pero cuyo rol había quedado eclipsado por los guerreros), el gobierno Kamakura elevó a los antiguos soldados imperiales al nivel de clase social, conformando así una estructura de «poder dual» entre los guerreros y los cortesanos imperiales²⁰. Estos eran llamados *bushi* (“guerreros”), y como si de los legionarios romanos se tratase, no habían sido sino peones del Emperador. Pero eso cambió con la nueva era, en la que nació una conciencia de estamento para esos otrora humildes soldados.

Si algo los diferenciaba ampliamente de los legionarios, era que los *bushi*, ya en época imperial, tenían al caballo como su símbolo social indiscutible. En tanto en cuanto ejercían labores de vigilancia y caza de bandidos, estos guerreros iban necesariamente montados, cosa que, con el tiempo, sirvió de caldo de cultivo para la identidad estamental de estos «caballeros» que ya no se veían representados en la Corte.

Como algunos autores afirman, la de los Minamoto fue una «revolución conservadora», en defensa de las clases guerreras terratenientes de las provincias, en contra del poder centralizador de Kyoto²¹, cosa que nos podría recordar a los pretorianos romanos y su afán por controlar a la corte. Sea como fuere, a partir de Kamakura se originó el feudalismo japonés, durante el cual los *bushi* terratenientes fueron concentrando su poder en las provincias, a la par que establecían relaciones interpersonales de lealtad mutua con las que obtener vasallos que engrandecieran su poder. Así, durante los siglos XII y XIII vemos que las regiones periféricas elevan progresivamente el tono en contra de las dos capitales (tanto la imperial-simbólica de Kyoto, como la shogunal de Kamakura).

Los *gokenin*, los “vasallos honorables” del Shogún (equiparables a duques y condes, vasallos del Rey), que a la sazón actuaban como señores feudales independientes, fueron ampliando sus huestes, aprovechando la debilidad del gobierno Kamakura que, pese a sus esfuerzos centralizadores, no podía controlar todo el territorio. Redes clientelares y familiares cubrieron todo Japón, dando origen a verdaderos **linajes guerreros**, en contraposición a los ya existentes linajes cortesanos.

Poseer un caballo y luchar sobre él eran las señas de identidad de estos grandes nobles, que desarrollaron una verdadera identidad propia en los siglos XIII y XIV. Si en Europa se podía hablar de la «Era del Caballo»,

²⁰ IKEGAMI, Eiko: *La domesticación del samurái*. Anthropos Editorial, Barcelona, 2012, pág. 70.

²¹ KAIBARA, Yukio: *Historia del Japón*. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2000.

en Japón encontramos el «Camino del Arco y el Caballo», doctrina que resume a la perfección el estilo de vida y de lucha de estos guerreros. El arco largo era el arma fundamental, y el caballo era la plataforma móvil sobre la que disparar. Y he aquí donde encontramos la mayor diferencia con respecto a Europa: Japón, influenciado por el arte de la guerra chino y mongol, no ve al caballo como un arma de choque, por lo que el combate cuerpo a cuerpo montado es muy infrecuente. Al contrario, la arquería montada se desarrolla de tal forma que adquiere rango de arte (*yabusame*, practicado por la nobleza, incluso a día de hoy, como legado del pasado feudal) y de símbolo social.

En cierto modo, tanto la guerra como la sociedad feudales japonesas giran en torno al Camino del Arco y el Caballo, con diferentes escuelas de estilos de disparo y diseños de flechas. El caballero japonés era, pues, un arquero a caballo, y nace casi paralelamente al europeo, en los siglos XII y XIII. Fue éste el nacimiento del **samurái**²².

Al respecto del porqué de evitar los choques directos con el enemigo, existen diversas hipótesis. Una de ellas pone el foco sobre el aprecio que sentían los *bushi-samurai* hacia sus valiosas monturas y que les llevaba a evitar ponerlas en peligro cargando contra el enemigo²³. Ciertamente, los datos arqueológicos de los campos de batalla así lo atestiguan, mostrando que sólo un 35% de caballos resultaba herido por espada (y únicamente un 3% por lanza), mientras que por flecha lo era un 61%. Se demostraba que las batallas, hasta el siglo XIV, consistían en sucesiones de disparos y escaramuzas, aprovechando la maniobrabilidad y evitando bajas innecesarias.

Otra de las hipótesis para explicar la falta de cargas compactas a la europea, se basa en datos biológicos de los caballos japoneses: de raza mongola, cruzada con la autóctona japonesa, el caballo nipón era de baja estatura, lento y muy difícil de domar. Las investigaciones del arqueólogo Hayashida Shigeyuki en Zaimokuza en 1953, amén de los experimentos de la televisión pública nipona NHK en 1990, confirman que la altura máxima del caballo nipón rondaría los 129cm (el moderno alcanza los 160cm), y que, si bien en libertad alcanzarían los 60km/h, cargando a un hombre con armadura

²² 侍 (*samurai*), “aquel que sirve”, fue el nombre que recibían los vasallos de los señores feudales *gokenin* en los siglos XII-XIII. Progresivamente fue sustituyendo al antiguo término *bushi* para hacer referencia a los guerreros, y ha pasado a la historia como definición de la élite guerrera que nació precisamente bajo el amparo del Shogunato Kamakura: guerreros con una profunda conciencia de clase, y que enaltecían el valor, la lealtad y la nobleza de espíritu. Eran los «caballeros» de Japón, propiamente dicho.

²³ CONLAN, Thomas: *Armas y Técnicas del Samurái 1200-1877*. Libsa, Madrid, 2009.

pesada, sería capaz de llegar a los 9km/h durante sólo 10 minutos, antes de caer exhausto²⁴.



Figura 4. Representación de samurái con armadura pesada a caballo de los siglos XII y XIII (anónimo de 1878. Librería del Congreso, Washington D.C.)

Cabe tener en cuenta que los samuráis más opulentos usaban armaduras pesadas *ô-yoroi* (“gran armadura”), que cubrían el cuerpo entero con finas tiras y capas de madera lacada, entrelazadas con tela, por lo que la carga que habría de soportar el caballo no era poca. Tampoco las sillas eran ligeras, sino que debían servir como plataformas para ofrecer estabilidad a la hora de disparar. Por ello, eran de madera lacada, pesadas y anchas, dotadas de grandes estribos en forma de bolsa metálica que envolvía y protegía los pies, y permitía levantarse al samurái.

²⁴ FRIDAY, Karl F.: *Samurai, Warfare and the State in early medieval Japan*. Routledge, New York, 2004, pág. 97.

Todo ello, en fin, impedía al caballo ir al trote por mucho tiempo, y hacía muy inefectivo cualquier tipo de carga o combate cercano, como corrobora el testimonio del misionero portugués Luís Fróis, que en 1585 describía los caballos japoneses como «pequeños e inferiores en belleza» y «desenfrenados y poco acostumbrados a ser montados»²⁵. De ahí que el modelo de caballero-arquero se mantuviera hasta el siglo XIV, hasta ser sustituido por nuevas formas de hacer la guerra con el colapso del feudalismo, en un proceso muy similar a la «revolución militar» que Parker propuso para Europa. Esto lo analizaremos a continuación.

Declive de la caballería nipona

Los caóticos siglos XIV y XV japoneses sentaron las bases reforzaron sobremanera al feudalismo, haciendo gravitar el poder definitivamente de la corte del Shogún a las provincias de los señores feudales. Asimismo, en un proceso parecido al europeo, las novedades armamentísticas y las necesidades tácticas hicieron que la infantería fuera arañando incesantemente protagonismo a la caballería, hasta que, en un lapso de dos siglos, la acabó por relegar a un mero rol simbólico y ceremonial de estatus.

Para comprender este ocaso, hay que tener en cuenta que el siglo XIV desangró a Japón en un cisma o guerra civil conocido como **Período Nambokuchō** (es decir, de las “Cortes del Sur y del Norte”, de 1336 a 1392). Ello se debió al alzamiento llevado a cabo por parte del Emperador Go-Daigo, que, al contrario que sus antecesores, se negó a ser una marioneta del gobierno militar de Kamakura. El shogunato colapsó, y un golpe de Estado por parte de uno de los *gokenin* principales llevó al poder a la familia Ashikaga, que fundó el **Shogunato Ashikaga**, el segundo de la historia japonesa.

Durante casi un siglo entero el país se dividió en dos: la corte del nuevo Shogún con un emperador títere (el propio hermano del shogún), y la corte del Emperador rebelde. Los nobles se alinearon con uno u otro bando, llevándoles a armar sus huestes hasta el límite, y a fortificar su territorio. En principio seguían siendo vasallos del nuevo Shogún Ashikaga, pero, aprovechando el fragor del conflicto, los *gokenin* duplicaron o triplicaron su poder, haciendo imposible ningún tipo de control.

²⁵ FRÓIS, Luis: *Tratado sobre las contradicciones y diferencias de costumbres entre los europeos y japoneses (1585)*. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2003.

La guerra acabó en 1392 con la derrota de la corte imperial rebelde, con lo que el Shogunato Ashikaga se afianzó como poder único ‘*de iure*’ en Japón, aunque de los quince shogunes de esta dinastía, hasta 1573, sólo los primeros podría decirse que gobernaron realmente. El resto no dejaron de ser meras figuras decorativas, como el Emperador, ya que eran los señores feudales los que realmente ostentaban el poder ‘*de facto*’.

El siglo XV no hizo sino intensificar este trasvase de poder del centro a la periferia. La **Guerra Ônin** (1467-1476) estalló a raíz de la competencia entre dos facciones nobiliarias al respecto de la herencia del Shogún, al no contar éste con herederos. La tensión fue en aumento hasta que, en 1467, las huestes de uno y otro bando fueron movilizadas, sumiendo al Shogunato en una crisis sin parangón. Al término del conflicto un nuevo shogún fue colocado por la facción vencedora de los Hosokawa, pero el precio fue irreparable. Tres fueron las grandes alteraciones que produjo esta guerra:

1. Kyoto, como escenario principal de las batallas, sufrió saqueos y vandalismo a un nivel comparable al de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, quedando así destruido el símbolo del gobierno central.
2. Las huestes feudales se multiplicaron por diez haciendo virtualmente irreversible el feudalismo.
3. Con un poder central inexistente y unos señores feudales descontrolados, Japón se sumió, de 1476 a 1615, en la **Sengoku Jidai** (“Era de los Estados Beligerantes”), una guerra civil inacabable en la que los campos se llenaron de empalizadas y fortalezas, la caballería quedó en un segundo plano, y la infantería tomó el protagonismo indiscutible (los *ashigaru*, “pies ligeros”, fueron la espina dorsal de los ejércitos, tanto como tropa de combate, como tropa de apoyo, exploración y mensajería).

Cabe tener en cuenta que, en las eras Heian y Kamakura, la guerra era cosa localizada y puntual, ya fuera sofocando revueltas, o atrapando bandidos. Era, pues, un tipo de guerra destinado a eliminar hombres del enemigo, por lo que la caballería era óptima para esta tarea. Sin embargo, como hemos visto, en el período XIV-XV, con el colapso de todo vestigio de poder central y la atomización del poder, la guerra se convirtió en una cuestión de **control del territorio**: su conquista y defensa. La caballería, por tanto, fue siendo desplazada por regimientos de infantería ligera que era destacada en puestos de avanzada y fortalezas, y que fueron armadas con las innovaciones militares que llegaron de Occidente: los arcabuces y cañones.

Ya en el siglo XVI, fue célebre el uso que le dio a las armas europeas el poderoso señor feudal Nobunaga Oda, primer unificador de Japón durante las guerras civiles. Tal era su aprecio por las novedades que llegaban de España y Portugal, que mandó fabricar miles de mosquetes tomando el modelo europeo, con los que instruyó a regimientos enteros de mosqueteros, condenando a la caballería a meras labores auxiliares (pese a que, como comentaremos más adelante, su gloria la debía casi enteramente a sus valerosos caballeros *hatamoto*). Al contrario que los hindúes o los otomanos, Nobunaga supo muy bien cómo hacer uso de este nuevo armamento. Prueba de ello fue cómo el visionario e ingenioso *daimyo* Oda barrió por completo a la mortífera caballería del clan Takeda en la batalla de Nagashino usando un sistema de fuego continuo por filas, protegidas por empalizadas. ¡En 1575! Mucho antes de que los Nassau o Gustavo Adolfo hubiesen teorizado sobre la *contramarcha* de líneas de fusileros.



Figura 5. Detalle del manuscrito ilustrado *Miotsukushi* (anónimo de finales del s. XIV o comienzos del s. XV, The Metropolitan Museum of Art).

Esta escena narra la visita del mítico caballero Hikaru Genji al santuario Sumiyoshi, acompañado por una comitiva de cortesanos y guerreros.

Podemos apreciar en este detalle a varios de los soldados de la escolta que acompañaba al carruaje. El uso de las armaduras *ô-yoroi*, así como de arcos y espadas se nos hace evidente, que son samuráis de alta alcurnia; todo ello, con la compañía de sus pajes. Sin duda, el *Genji Monogatari*, como también el *Heike Monogatari*, son el paradigma perfecto de eso que hemos venido a llamar la «edad dorada del Camino del Arco y el Caballo» que moriría en los campos de Nagashino en 1575, pero cuyo eco seguiría resonando muchos siglos después, al igual que ocurriría con la caballería europea que murió abatida por flechas y cañones de mano en Agincourt y Crécy

En fin, análogamente al proceso de transformación militar que se estaba dando en la Europa renacentista, los japoneses supieron adaptar las innovaciones militares en artillería, mosquetería y poliorcética europeas a sus circunstancias locales²⁶. Sólo así, con inteligencia y buen hacer, pudieron hacer frente al expansionismo europeo que se cernía sobre los mares y tierras del mundo. En cierto modo, fue una suerte de pueblo irreductible al que sólo el inconmensurable poderío occidental de la Revolución Industrial pudo derrotar en el siglo XIX.

Ahora bien, la consecuencia de todo ello fue nefasta para la caballería japonesa, que fue sustituida masivamente por regimientos de soldados de a pie arcabuceros. La edad dorada del Camino del Arco y el Caballo quedaba muy lejos ya. Con cierta ironía, se podría decir que «en Japón, la época de la caballería había llegado a su fin sin haber empezado jamás»²⁷, en alusión a la escasa predominancia de la caballería armada en combate, en contraste con Europa.

Los caballeros Hatamoto

Para ejemplificar las últimas glorias de la caballería feudal japonesa, comentaremos a continuación el caso concreto de los *Hatamoto*: la guardia nobiliaria de los señores *daimyo* de finales del feudalismo nipón, y que supusieron el último paradigma de caballero japonés.

Con el significado literal de “bajo la bandera”, los *hatamoto* (旗本) son un caso de gran interés que ilustra a la perfección la relación entre el caballo como herramienta de guerra y como símbolo de poder, amén de presentar múltiples semejanzas con la nobleza caballeresca europea tardía en lo que respecta a su declive.

El término como tal nace a finales de la edad feudal japonesa, durante la Era Sengoku (1467-1568), y se usó para denominar a los más leales sirvientes de los señores feudales, más específicamente de aquellos pertenecientes a los grandes clanes, con los que estaban emparentados vía matrimonial: Tokugawa, Oda, Toyotomi, Hojo, Takeda y Date.

Se trataba, pues, de vasallos nobles dentro de la pirámide social del feudalismo, y que podríamos equiparar a barones o duques que estaban obligados a servir a su señor *daimyo* por pactos personales y familiares de lealtad. En cierto modo, estaban sujetos a lo que en Europa se denominaba

²⁶ PARKER, Geoffrey: *La revolución militar*. Editorial Crítica, Barcelona, 1990.

²⁷ HASKEW, Michael E. *et alii.*: *Técnicas bélicas del Mundo Oriental 1200-1800*. Libsa, Madrid, 2009, pág. 94.

el '*auxilium et concilium*' que debían los vasallos menores a sus señores: consejo en tiempos de paz, y auxilio en tiempos de guerra.

Respecto a sus labores, éstas variaban ampliamente en función del rango social –mayor o menor– que tuviera el *hatamoto*, por lo que las tareas podían ir desde la exploración, hasta la escolta del señor a modo de guardaespaldas, o incluso a roles de estratega, administrador y consejero directo del señor. Ahora bien, si algo tenían en común todos los *hatamoto*, desde el más humilde –un hidalgo– al más opulento –un duque o conde–, era su dominio de las artes montadas.

El caballo era su arma fundamental, pero también el símbolo de su estatus social como élite feudal. No en vano, eran los descendientes de aquellos guerreros *bushi* que tan fervientemente habían seguido el *Kyûba no Michi*. Sin embargo, como hemos analizado más arriba, ya no eran tiempos de caballería ni arqueros montados, sino que la «revolución militar» que describe G. Parker estaba relegando al caballo a una posición más bien auxiliar, frente a una infantería potenciada y polivalente. Pero, como ocurría en la Europa renacentista, la nobleza se resistía a abandonar el caballo como distintivo social y militar, existiendo casos extremos como el de los aristocráticos húsares polacos y sus anacrónicas cargas de caballería frente a infantería de línea.

Los *hatamoto* también conservaban un notable orgullo caballeresco, por lo que acompañaban a su señor montando a caballo y dirigiendo ejércitos predominantemente de infantería. Como guardaespaldas del *daimyo*, pocas veces entraban en combate, pero cuando lo hacían ya no era lanzando salvas de flechas como antaño, sino que los ataques con lanza o espada se hicieron comunes. Y hablamos de «ataques» y no «cargas», ya que a duras penas podríamos comparar a los *hatamoto* con los *chevaliers* franceses cargando en orden cerrado. En los mejores casos, dado su escaso número, los *hatamoto* podrían llegar a cargar en grupos de unos 20, y con efectos mucho menos devastadores que aquellos de los caballeros europeos.

Ahora bien, pese a ser catalogables como caballería pesada, dada la abigarrada impedimenta que portaban, la rapidez en combate y la capacidad de envolver al enemigo dotaban a los *hatamoto* de una ventaja táctica innegable, e incluso decisiva. Tal fue el caso en la batalla de Okehazama de 1560, en la que el señor feudal Nobunaga Oda se enfrentó al temible ejército de su vecino Imagawa Yoshimoto. Alrededor de 3.000 hombres Oda contra cerca de 26.000 de los Imagawa. Gracias a inteligentes estrategias de distracción, y a la lluvia torrencial de aquella noche, Nobunaga contó con el efecto sorpresa de su lado. Pero si algo decantó la batalla de su lado fue la rápida intervención de sus *hatamoto* a caballo, que cargaron contra las

tropas Imagawa mientras éstas seguían en su campamento. Desorganizada y sorprendida, la infantería cayó frente a la primera carga de caballería, siendo barrida por la infantería Oda poco después²⁸. Y no fue menor esta victoria, ya que permitió al humilde clan Oda convertirse en la potencia hegemónica del centro de Japón durante más de veinte años. La batalla de Okehazama y la labor de los *hatamoto* encumbraron a Nobunaga Oda como «Primer Unificador de Japón» de la Era Sengoku, a quien le sucederían Hideyoshi Toyotomi y, más tarde, Ieyasu Tokugawa.

En fin, los méritos militares de estos nobles *hatamoto* les colmaron de privilegios estamentales, incluso acabada la guerra. Tras la victoria de Sekigahara (1600) y el posterior asedio del castillo de Osaka (1615), la guerra había terminado completamente, y el **Shogunato Tokugawa** –el tercer y último régimen shogunal– fue instaurado. A los *hatamoto* se les recompensó con puestos administrativos del nuevo gobierno, o bien en las provincias en caso de ser merecedor de confianza, o bien asentados en la capital Edo, viviendo cerca del Shogún en un sistema que recuerda sobremanera al de la «Jaula de Oro» de Versalles del absolutismo de Luis XIV, anulando *de facto* la independencia de la nobleza. En Japón, esa «jaula» se conoció como *sankin kôtai* (参勤交代 “servicio o asistencia alternado”) y fue uno de los cimientos fundamentales del nuevo Estado, que mantuvo el feudalismo en lo formal, pero que aplicó tesis excepcionalmente centralistas, que hubieran sido la envidia de Richelieu y Olivares en la época. Algunos autores han definido al Shogunato con el paradójico término de «absolutismo feudal»²⁹.

Como con la aristocracia europea, tal fue el destino de los *hatamoto*: de bravos guerreros a burócratas de la corte. Preservando las apariencias, el uso del caballo siguió manteniéndose como un distintivo elitista, en una época en la que la caballería, como en Europa, ya había pasado a la historia, aunque perdurara el eco de sus hazañas.

Bushidô, el código del guerrero

Acabaremos este apartado tratando el código de honor del guerrero japonés, que, como en Europa, trató de revestir al samurái con una serie de virtudes que sirvieran de paradigma para la sociedad en general.

²⁸ TURNBULL, Stephen: *Hatamoto. Samurai Horse and Foot Guards 1540-1724*. Osprey Publishing, Oxford, 2010.

²⁹ SMITH, Anthony D.: *La identidad nacional*. Trama Editorial, Madrid, 1997, pág. 96. Y también en LEWIS, Archibald R.: *Knights and Samurai: Feudalism in Northern France and Japan*. Temple Smith, London, 1974.

Ante todo, es menester tener en cuenta una gran diferencia con respecto a los códigos de la caballería europea, tan influenciados por la Iglesia y la Paz de Dios: al contrario que el susodicho código en Europa que, como vimos en apartados anteriores, fue coetáneo al feudalismo caballeresco, el *Bushidô*³⁰ no nació al amparo de mecenas aristocráticos en la época de Kamakura o de Sengoku, sino que sus orígenes formales se dieron varios siglos después, tras la instauración del Shogunato Tokugawa en el siglo XVII. Hundía parte de sus raíces en tradiciones orales y no escritas de los samuráis –sobre todo la «cultura del honor» que nació con los linajes guerreros del primer shogunato, el Kamakura³¹–, pero teñidas de una cierta nostálgica y romanticismo. Así pues, irónicamente, el código de preceptos morales de los *bushi* no existía como tal cuando esos mismos guerreros dominaban los campos de batalla, sino que cobró forma durante los tiempos de la Era Edo, fruto de la pluma de aristócratas intelectuales inspirados por el **neo-confucianismo** que inundó Japón en aquella época y que potenciaba valores de lealtad, piedad filial, férrea jerarquía social o respecto al orden.

Thomas Cleary describe la adopción del modelo confuciano chino por los Tokugawa como un «medio para civilizar a los samuráis». Y dice más: «Esto significaba, en cierto sentido, formar un personal militar preparado, capaz de administrar los asuntos civiles en calidad de señores de la tierra en tiempos de paz»³². Serían precisamente esos próceres de linajes guerreros los que, durante los doscientos años de *Pax Tokugawa* –1603 a 1868– teorizarían sobre el espíritu del *bushi*, su moral, sus ritos y comportamiento, poniéndolo en relación con lo metafísico (el confucianismo y el shintoísmo). Cleary describe así esta corriente erudita:

«Una ironía de la *pax Tokugawa* para la clase samurái fue que, con el fin de la actividad combatiente crónica y con el disfrute de la prosperidad material, los ancianos percibieron un debilitamiento del espíritu guerrero. Al haber heredado una tradición marcial en la que los propios soberanos eran guerreros, los ancianos sólo pudieron interpretar el declive de la clase guerrera como una amenaza a la moral y al orden social. Por ello, la codificación de las filosofías tradicionales prácticas se convirtió en parte de la norma cultural del período Tokugawa»³³.

³⁰ 武士道 (*bushi*: guerrero, *dô*: camino) literalmente: “El Camino del Guerrero”.

³¹ IKEGAMI, Eiko: *op. cit.* Parte de su obra está dedicada a la contribución de los ideales honoríficos de los samurái a la identidad del Japón moderno.

³² CLEARY, Thomas: *La Mente del Samurái. Una antología del Bushido*. EDAF, Madrid, 2009, pág. 10.

³³ Introducción de Thomas Cleary para el libro SHIGESUKE, Taira: *El código del samurái*. Kairós, Barcelona, 2006, págs. 17-18.

A ello se suma que, desde el siglo XVII, surgieran tendencias que podríamos calificar de proto-nacionalistas y que diferenciaban *lo japonés* de *lo extranjero*, pugnando por extirpar los elementos foráneos de Japón. Un Japón que se regía por el *Sakoku* (鎖国), el aislamiento del resto del mundo, con la salvedad de la isla de Dejima, a la sazón único puerto en el que se permitía la entrada de los *gaijin* (外人 “gente de fuera”, en referencia especialmente a comerciantes chinos, holandeses e ingleses), pero no a los *namban* (南蛮 “bárbaros del Sur” en referencia a españoles y portugueses) cuya presencia fue vetada por completo al ser sospechosos de querer evangelizar Japón como antesala de una invasión. El Shogún Hidetada, ya en 1614, justificó estas medidas de aislacionismo y prohibición del cristianismo, de marcado tinte etnonacionalista³⁴, alegando que «Japón es la tierra de los dioses» y que, por lo tanto, no había cabida para el *Deus* cristiano de los extranjeros³⁵.

En esos tiempos de nacimiento de lo que podría denominarse un Estado-Nación, Japón necesitaba de símbolos e imaginaria propia para conformar una cultura nacional. Así, junto al enaltecimiento del shintoísmo como religión oficial, se incentivó la estructuración de una cultura nacional desde las academias, en lo que se llamó *Kokugaku* (国学 “estudios de lo japonés”), en detrimento de las influencias chinas, que gozaban aún de gran respeto. Y fue en este contexto de *nacionalización* de Japón en el que la imagen del *bushi* se vio encumbrada como paradigma de lo más puramente japonés: un luchador estoico, honorable, leal y con un férreo control de sí mismo, como si de un guerrero-filósofo se tratase.

Por lo que a los ideólogos de esta visión romántica del samurái respecta, podríamos mencionar a una miríada de autores, como Kumazawa Banzan (1619-1691), Hakuin Ekaku (1686-1769), Sato Nobuhiro (1773-1850), y sobre todo, a los célebres **Yamamoto Tsunetomo** (1659-1719) con su *Hagakure*, y de **Inazo Nitobe** (1862-1933) con su obra *Bushidô, El alma del Japón*. Huelga decir que todos ellos, en mayor o menor medida descendían de clanes *bushi*, de ahí que hablemos de un movimiento filosófico eminentemente aristocrático.

No es baladí ese último apunte, ya que esas obras tan evocadoras del honor caballeresco servían a los susodichos hidalgos para justificarse ante sus propios antepasados guerreros, glorificando sus proezas, en una época en la que habían perdido relevancia social. También les servía como legi-

³⁴ SMITH, Anthony D.: *op. cit.*, págs. 96-97. El autor habla del nacimiento del «Estado étnico» japonés y de un embrión de cultura nacional ya en el siglo XVII, a raíz del cierre del país y de los tiempos de paz.

³⁵ CLEMENTS, Jonathan: *Christ's Samurai*. London, Robinson, 2016, pág. 37.

timación para con la sociedad de un país que vivía en paz, haciéndoles ver que su rol como guerreros no estaba obsoleto, sino que ellos seguían siendo los guardianes del honor. Este movimiento intelectual llegó tarde, sí, pero impactó muy profundamente en la sociedad, hasta el punto de conseguir los mismos efectos que en la Europa del siglo XII: vincular la imagen del caballero con la de nobleza de espíritu, legitimando sus privilegios nobiliarios, no ya por ser portadores de las armas, sino por una superioridad moral heredada de sus ancestros.

A finales del XIX, pese a la abolición oficial del régimen feudal, el *Bushidō* se mantuvo como una de las piezas clave del Estado Shintō-Imperial nacido de la Restauración Meiji. Como nueva potencia de marcado tinte militarista (a imitación del modelo de Bismarck), el Japón Meiji trató de incentivar un espíritu patriótico en la población mediante el uso de una imaginería guerrera. Así, como dice A.D. Smith, el nacionalismo Meiji «creó la nación japonesa moderna sobre la base de la cultura aristocrática [el *Bushidō* y el *Kokugaku*] y de su Estado étnico», amén de un shintoísmo beligerante en el ámbito religioso³⁶. El samurái se convirtió, pues, en un elemento indisoluble de la identidad nacional del pueblo japonés.

Buena prueba de la fortaleza diamantina de la imaginería patriótico-imperial fue la pervivencia de esos mismos mitos tras la traumática derrota de Japón en la guerra mundial. Los pilares de la conciencia nacional nipona se tambalearon al ver derrumbarse su país, pero no por ello hubo *tabula rasa* como ocurrió en Alemania. Autores de la posguerra como **Yukio Mishima** mantuvieron viva la llama del espíritu guerrero japonés, defendiendo a ultranza la herencia de los samuráis. Pasajes enteros de sus famosas novelas son alegatos de los valores militares y varoniles. *Patriotismo* (1961) y *El marino que perdió la gracia del mar* (1963) son excelentes ejemplos de esa evocación nostálgica en sus obras literarias, pero si hay un claro manifiesto en el que Mishima vierta sus reflexiones, ese es *La ética del samurái en el Japón moderno* (1967), en el que habla sin paliativos de la «naturaleza fieramente masculina de la era Sengoku» en contraste con el «gradual afeminamiento de los hombres» desde la era Tokugawa hasta la actualidad³⁷. En fin, Mishima también heredó la inquietud por la muerte que mostraron los ideólogos de la Era Tokugawa, llegando a afirmar que el «*Hagakure* ahora, después de veinte años de paz tras la Segunda Guerra Mundial, nos brinda la oportunidad de reflexionar y reevaluar nuestras ideas sobre la vida y la muerte»³⁸.

³⁶ SMITH, A.D.: *op. cit.*, pág. 96.

³⁷ MISHIMA, Yukio: *La ética del samurái en el Japón moderno*. Alianza Editorial, Madrid, 2018. Pág. 25.

³⁸ *Ibid.* pág. 37.



Figura 6. Guerrero samurái vistiendo armadura y portando espada (fotografía de Stillfried & Andersen, ca. 1877. Librería del Congreso, Washington D.C.). Pese a la abolición formal del régimen feudal en la Era Meiji, el espíritu romántico de los samuráis fomentado por el Kokugaku ya había impregnado la sociedad y la política del país, convirtiéndose en uno de los pilares de la nación moderna japonesa. Tras la Segunda Guerra Mundial, debido a su vinculación al militarismo imperial, el Bushidô experimentó un lavado de cara. Los escritos de Yukio Mishima y su suicidio ritual el 25 de noviembre de 1970, así como los opúsculos de la élite empresarial del «milagro japonés» en defensa de los principios del samurái aplicados a la economía, sirvieron para rescatar al Bushidô del ostracismo al que había sido relegado

Paradójicamente, pese al enaltecimiento de las glorias de los *bushi* y su espíritu elevado, amén del culto a la muerte y la obsesión por la reputación de los hidalgos-eruditos del período Edo, los guerreros feudales de verdad poseían una mentalidad más bien **pragmática** de la guerra y de las relaciones personales, siendo capaces de dar la espalda a su señor u ordenar

un saqueo a población civil, si lo veían necesario. Tampoco era habitual en los primeros siglos del Shogunato Kamakura (ss. XII y XIII) que se cometiera *seppuku* para lavar el propio nombre, sino que esta renombrada práctica se fue consolidando a partir del siglo XIV, en casos muy excepcionales, como el de seguir al señor en la muerte tras una derrota. El ideal de guerrero cuasi-espartano y amante de la muerte vino mucho después, sobre todo con el ya mentado *Hagakure* de Yamamoto, una de cuyas doctrinas es así de contundente: «El Camino del Samurái reside en la muerte»³⁹.

Esta idealización del samurái perduró, como decíamos, incluso tras 1945, y mucho se debe a Inazo Nitobe, otro de los grandes intelectuales que mencionamos, quien compiló en su libro las más importantes tradiciones *bushi* en el siglo XIX, combinándolas con sus propias teorías, en una mezcla parte histórica, parte idealizada. Afirmaciones como que un samurái sabía perfectamente «vivir cuando hay que vivir y morir cuando hay que morir» amén de afirmar que «para un samurái, cuando su estómago está vacío, es una vergüenza sentirse hambriento»⁴⁰ se basan parcialmente en leyendas antiguas, pero con un aura estoica algo fantasiosa. Su obra, escrita directamente en inglés en 1899, sirvió no tanto para el mercado interior japonés, sino para dar a conocer al resto del mundo una visión del samurái como guerrero moral, homólogo del *chevalier*, y traduciendo *Bushidô* por «Preceptos de la Caballería», «el *noblesse oblige* de la clase guerrera»⁴¹. La realidad medieval del *bushi*, sin embargo, fue más compleja, y con importantes contrastes con el caballero europeo. Pese a ello, el intento de comparación histórica entre ambos mundos de Nitobe no es nada desdeñable.

En resumen, al contrario que en Europa, los preceptos caballerescos moralizantes de benevolencia y rectitud, derivados del confucianismo, fueron aplicados retroactivamente al estamento guerrero japonés. No queremos decir con esto que, desde el Shogunato Kamakura del siglo XII a la Era Muromachi del XVI, los samuráis no poseyeran una moral o ética que les inspirara a llevar a cabo hazañas y a limitarse en su brutalidad. Existió ciertamente un interés por las cuestiones del honor y del buen nombre, además de referentes literarios en los *gunki monogatari* (“cuentos de guerras”) en los que se exaltan la bravura y la magnanimidad de los *bushi*, tratando así de engrandecerlos frente a los estamentos plebeyo, cortesano y comerciante.

³⁹ YAMAMOTO, Tsunetomo: *Hagakure. El Camino del Samurái*. Arkanos, Madrid, 2005, pág. 23.

⁴⁰ NITOBÉ, Inazo: *El Bushidô. El alma del Japón*. José J. de Olañeta Editor, Barcelona, 2006, pág. 38.

⁴¹ *Ibid.*, pág. 15.

Buenos ejemplos de estos cuentos los encontramos en el *Heike Monogatari*, que narra el ascenso al poder de la clase guerrera en el siglo XII, y donde se hacen menciones a grandes ideales bélicos, análogos a los nacidos en Europa. También en el *Taiheiki*, la «Gran Crónica de la Paz» del siglo XIV, que describe los turbulentos conflictos intestinos de ese siglo, y presenta la guerra en términos de virtud y justicia, haciendo uso del concepto de «guerra justa» confuciana; es, a su vez, la primera fuente en la que el *seppuku* aparece como un ritual ciertamente habitual⁴².

O, finalmente, pese a no ser un cuento propiamente dicho, también cabe mencionar *El Libro de los Cinco Anillos* de Musashi Miyamoto (1584-1645), uno de los samuráis más insignes de la historia, y cuya vida transcurrió durante las postrimerías del Período Sengoku, labrándose una fama legendaria por sus innumerables duelos. No sólo su vida *per se* fue suficiente inspiración para los hidalgos intelectuales del *Bushidó*, sino que legó a la posteridad un manual con instrucciones para ser un buen combatiente; tanto desde el punto de vista puramente técnico, como del espiritual y metafísico, cargado de un profundo componente budista.

En fin, a pesar de la existencia de ese poso de tradiciones que sin duda contribuyeron a conformar lo que posteriormente sería «El Camino del Guerrero», no podemos dejar de resaltar las disimilitudes con respecto a la Orden de Caballería cristiana. Así como en Europa la Iglesia pugnó por atraer hacia sí a los ‘*milites*’, cristianizando la imagen del caballero y afanándose por poner fin a la rampante violencia feudal, en Japón se careció de un código ético unificado hasta bien entrada la Edad Moderna. Cada *bushi* poseía una concepción particular de lo que era «correcto» hacer en cada momento con tal de salvaguardar su honor y dignidad. También poseían una admiración incommensurable hacia aquellos que demostraban valentía en combate, incluso en el caso de sus enemigos, y no escasean en las crónicas históricas y en las epopeyas antiguas los episodios de gentileza en los duelos individuales o incluso en asedios y batallas campales⁴³.

Así pues, podemos concluir que los samuráis no eran guerreros morales como los caballeros cristianos, pero tampoco eran salvajes asesinos, sino más bien bravos, pragmáticos y honorables, paladines de su propia reputación y la de su *ichizoku* (一族 ”la casa, el linaje”). La idealización que

⁴² VARLEY, Paul: *Warriors of Japan as portrayed in the War Tales*. University of Hawaii Press, Honolulu, 1994.

⁴³ La historia del joven Minamoto no Yoshitsune y el monje-guerrero Benkei durante las Guerras Gempei o las leyendas del clan Sanada durante las postrimerías de la Era Sengoku son ejemplos perfectos de ello. Véase a este respecto MIYAMORI, Asataro y KIKUCHI, Kan: *Relatos de samuráis*. Quaterni, Madrid, 2013.

llevaron a cabo los hidalgos caballeros de la Era Edo dotó al samurái de una aura de moralidad cuasi análoga a la del *Miles Christi*, con el doble propósito de rememorar las proezas bizarras de sus antepasados y de vincularse a ellos mismos con esa otrora élite guerrera, justificando así su propia nobleza de sangre y espíritu en una época de paz y estabilidad. Las espadas permanecían envainadas mientras el comercio, la cultura, la arquitectura y las artes liberales experimentaban un auge imparable. Las *katanas* de los *bushi* habían dejado paso a los pinceles *fude* de los poetas y literatos, que pugnaron por mantener viva la leyenda de los aguerridos y temibles samuráis

CONCLUSIÓN

Quien mucho abarca, poco aprieta, como reza el proverbio. Confiamos haber podido ahondar lo suficiente, cumpliendo las expectativas vertidas en este ambicioso estudio histórico-militar, que tan amplio ha sido en lo temporal y espacial, y en el que nos hemos encontrado con tantos elementos distintos y distantes a la hora de comparar Europa y Japón, dos mundos tan alejados en lo geográfico, pero tan cercanos en lo espiritual y político.

Cercanía ésta que se plasma claramente en un paralelismo cuasi calcado en lo que al auge y caída de las élites caballerescas se refiere. Lejos de ser un mero parecido superficial, hemos visto que, en los siglos XII a XIV, la fragmentación del poder causada por la debilidad de las autoridades legítimas (Papa, Emperador y reyes en Europa; Emperador y Shogún en Japón) lleva a las élites locales a engrandecer sus propios dominios, guiados por una ferviente toma de conciencia como estamento: por un lado, la aristocracia caballerescas, tan influenciada por los mitos de las Cruzadas, el Rey Arturo y el Santo Grial; y por el otro, los *bushi-samurai* que dejan de ser meros peones de la corte imperial, para convertirse en los nuevos dueños del destino de Japón, ya sea sirviendo de consejeros en la camarilla del nuevo Shogún, o desde las provincias, adquiriendo tierras y creando sus propias esferas de influencias (con los títulos de *gokenin* y *daimyo*, y encastillados en sus *han* –“dominios feudales”– tal y como ocurría en Europa).

Fascinantemente similar es también la admiración febril de estas nuevas élites por los relatos bélicos. Tanto en los romances artúricos como en los *gunki monogatari* podemos ver un nexo común: los protagonistas de ambos son idílicos guerreros, con una moral más o menos elevada, y cuyo coraje es fuente de inspiración para duques, condes, *gokenin* y samuráis. Estos cuentos guerreros ofrecen personajes con los que se pueden sentir identificados desde los más opulentos señores feudales a los más bajos hidalgos.

Asimismo, lanzan un mensaje claro y directo al resto de estamentos de la pirámide social: el caballero no es, ni nunca podrá serlo, comparable con un plebeyo cobarde o con un cortesano adulador; está hecho de una pasta distinta, y como tal habrá de ser tratado: con respeto y condescendencia dignos de su categoría como portador de armas y hombre de honor.

Donde sí podemos encontrar diferencias sustanciales entre ambos mundos es en el plano estrictamente militar, como se ha analizado. Europa, desde los tiempos normandos, desarrolló un estilo de caballería pesada que sacrificaba la movilidad en pos de una potencia devastadora de carga. Japón, no obstante, no dejaba de ser un pueblo oriental y como tal, muy influenciado por sus vecinos chinos y mongoles, con gran tradición de arquería montada. Para ellos, no era el propósito de la caballería el arrollar al enemigo mediante cargas cerradas, sino más bien hostigarlo por los flancos, disparando allí donde la formación fuera más vulnerable.

Pese a todo, tanto en Europa como en Japón se dio un proceso simétrico en lo que al declive del uso de caballería se refiere. En ambos casos, la guerra feudal consistió mayormente en escaramuzas y encuentros esporádicos. La guerra no estaba centrada en el control del territorio, sino en mermar la cantidad de hombres de las huestes rivales. Por ello, incluso en la Europa del *encastillamiento*, la caballería fue ampliamente usada en los asedios, tanto para levantar los cercos del enemigo a una fortaleza aliada, como para repeler los envíos de ayuda del enemigo a un castillo enemigo asediado.

Si bien por vías distintas, el ocaso de la caballería se dio en sendos ámbitos a raíz del cambio de mentalidad muy significativo: de la guerra contra los hombres a la guerra por el territorio.

Así, en la Europa de los siglos XIII y XIV vemos cómo las monarquías feudales pugnan por ampliar su poder, enfrentándose a reyes rivales, subyugando a vasallos levantiscos, o incluso haciendo frente a la intromisión de la Iglesia en política (tensión que venía siendo ubicua desde la Querrela de las Investiduras). No en vano, los códigos de leyes fueron racionalizados, y lemas como '*rex in regno suo imperator est*' (*Per Venerabilem* de Inocencio III, 1202) se convirtieron en una realidad, haciendo de la ampliación del reino y de la defensa de su autonomía una prioridad. Y para ello era menester aumentar las guarniciones de las fortalezas, así como establecer puntos de control con empalizadas y atalayas. La caballería, por lo tanto, ya no era indispensable para esas tareas, sino que ese papel lo heredó una infantería cada vez mejor ataviada y organizada.

En Japón, algo más tardíamente, se daría un proceso casi idéntico, surgido tras el debilitamiento del poder central en las guerras intestinas Nambokuchô (siglo XIV) y el colapso definitivo de la corte de Kyoto en las

guerras Ônin (siglo XV). Sin una autoridad superior que los controlase, los señores feudales se sintieron libres de fortificar sus territorios y de engrandecer sus huestes a placer, guiados por las rivalidades entre clanes. Como en Europa, el afán por poseer vastos dominios llevó a un aumento exponencial de las guarniciones defensivas, y de los ejércitos ofensivos, cosa que no hizo sino perpetuar el estado de guerra civil absoluto en que Japón estuvo sumido durante la Era Sengoku.

En definitiva, el nacimiento de una infantería versátil y bien armada sustituyó a la caballería en su rol de espina dorsal de los ejércitos. Las guerras ya no se dirimirían con asedios esporádicos, batallas campales o escaramuzas puntuales en las que una carga lanza en ristre pudiese en desbandada al enemigo; la guerra mutó completamente, pasando a estar compuesta por enfrentamientos a gran escala, duros y largos asedios, y la presencia de un sinfín de mejoras técnicas contra los que la caballería no era rival.

Ahora bien, la pérdida de su hegemonía militar, no implicó que desapareciera la caballería como factor espiritual. La nobleza, alta y baja, siguió aferrándose a sus derechos caballerescos, manteniendo el caballo como símbolo de su estatus. Los códigos de honor también se mantuvieron plenamente vigentes, y las historias de caballeros y princesas seguían siendo el género más apreciado durante los siglos XV y XVI europeos (inspirando la parodia de Cervantes con su fabuloso *Don Quijote*). Análogamente, en Japón, los herederos de los antiguos *bushi* se dedicaron en cuerpo y alma a preservar la pureza de su linaje guerrero, sin mezclarse con comerciantes o campesinos. La práctica de la esgrima y de artes marciales como el *kyûdô* y el *kenjutsu* remontan a esta época, la del “Barroco japonés” del Shogunato Tokugawa, y que estaban amparadas por una filosofía que veía con añoranza el pasado guerrero de sus ancestros. Esa melancolía quedó claramente plasmada en doctrinas como el *Bushidô* y el *Hagakure*, que bebían del zen y del neo-confucianismo, y que se grabarían a fuego en el alma de los japoneses.

El fin de la caballería como sistema llegó en momentos muy dispares. En Japón, fue en el año 1870, según Inazo Nitobe, al ser el año en que se abolió formalmente el régimen feudal Tokugawa y se restauró el poder imperial en la Era Meiji con un Estado-Nación modernizado al estilo occidental. En Europa, por su parte, no existe una fecha concreta que marque la disolución de la caballería como sistema, aunque, en nuestra opinión, consideramos que Carlos V bien podría ser el último ejemplo de rey-caballero, imbuido de la conciencia y valores artúricos. La dicotomía entre el borgoñón y Francisco I fue clara muestra del fin de una era: así como Carlos seguía creyendo en la fuerza moral de la palabra de honor y en una guerra justa, su rival francés no dudaba en romper sus promesas y en adoptar los postulados de Nicolás

Maquiavelo en los que la política es amoral y fría. La caballería y la razón de Estado; la Historia enterró a la primera para encumbrar a la segunda.

Nada de eso pudo evitar que la caballería siga viva aún a día de hoy, pese a los caprichosos vaivenes de las modas sociales. Allá donde quede un hombre virtuoso dispuesto a elevarse sobre el materialismo, los vicios y la depravación, habrá un caballero digno de considerarse heredero del Rey Arturo o del príncipe Yoshitsune. Un caballero, en definitiva, cuyo espíritu domine a sus instintos, cuya sensatez y cortesía sean la envidia de sus semejantes, y cuya concepción del honor y el buen nombre trasciendan lo mundano, recordando así las sabias y caballerescas palabras de Don Pedro Crespo en *El alcalde de Zalamea* de Calderón de la Barca:

Al Rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.



Figura 7. Yoshitsune y Benkei atacados por fantasmas de Clan Taira (Utagawa Kuniyoshi, 1853. Rijksmuseum, Ámsterdam).



Figura 8. San Jorge matando al Dragón

(Maestro I.A.M. de Zwolle, 1470-1480. Rijksmuseum, Ámsterdam).

Pese a las muchas diferencias que hemos destacado a lo largo de este artículo, creemos que es importante no olvidar los puentes que unen ambas culturas. Y qué menos que hacer uso de estas fascinantes obras de dos portentosos artistas para comprobar que, por muy distintos que fueran, abundaban las ocasiones en las que los chevaliers y los samuráis habían de desenvainar sus espadas para combatir al Mal, ya fuera éste un Dragón, o una horda de fantasmas del inframundo. Que la motivación de cada cual fuese salvar a una doncella en nombre de la fe, o defender el honor de su clan, es otra historia. Pero en uno u otro caso, no les quedaba más opción que desplegar un valor y habilidades sin parangón

BIBLIOGRAFÍA

Sobre la Europa feudal

- ALVAR, Carlos y LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (edit.): *Libros de caballerías castellanos*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2015.
- Anónimo: *Historia de Lanzarote del Lago*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- BACHRACH, Bernard S.: *Early Carolingian Warfare: Prelude to Empire*, University of Pennsylvania Press, Pennsylvania, 2001.
- BENNETT, Matthew *et alii.*: *Técnicas bélicas del Mundo Medieval 500-1500*, Libsa, Madrid, 2007.
- BENNETT, Matthew: *La guerra en la Edad Media*, Akal, Madrid, 2010.
- DE CUENCA, Luis Alberto: *Floresta Española de Varia Caballería*, Editorial Nacional, Madrid, 1975.
- DOUGHERTY, Martin J.: *Armas y técnicas bélicas de los Caballeros Medievales 1000-1500*, Libsa, Madrid, 2010.
- DUBY, Georges: *Guillermo el Mariscal*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- FLECKENSTEIN, Josef: *La caballería y el mundo caballeresco*, Siglo XXI, Madrid, 2006.
- FLORI, Jean: *Ricardo Corazón de León*, Edhasa, Barcelona, 2002.
- GARCÍA GUAL, Carlos: *Historia del Rey Arturo y de los Nobles y Errantes Caballeros de la Tabla Redonda*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.
- KEEN, Maurice: *La Caballería*, Ariel, Barcelona, 1986.
- LE GOFF, Jacques: *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Crítica, Barcelona, 2017.
- LEWIS, Archibald R.: *Knights and Samurai: Feudalism in Northern France and Japan*, Temple Smith, London, 1974.
- LLULL, Ramón: *Libro de la orden de caballería*. Alianza Editorial, Madrid, 2016.
- MARAVALL, José Antonio: *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1984.
- NICOLLE, David: *European medieval tactics (1). The Fall and Rise of Cavalry 450-1260*, Osprey Publishing, Oxford, 2011.
- PARKER, Geoffrey: *La revolución militar*. Ed. Crítica, Barcelona, 1990.
- RESINA, Joan Ramon: *La búsqueda del Grial*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1988.
- SUÁREZ, Luis: *En los orígenes de España*, Ariel, Barcelona, 2011.

Sobre el Japón feudal

- BENESCH, Oleg: *Inventing the Way of the Samurai. Nationalism, Internationalism, and Bushidô in Modern Japan*. Oxford University Press, Oxford, 2014.
- CLEARY, Thomas: *La Mente del Samurái. Una antología del Bushido*, EDAF, Madrid, 2009.
- CLEMENTS, Jonathan: *Christ's Samurai: The True story of the Shimabara Rebellion*, Robinson, London, 2016.
- CONLAN, Thomas: *Armas y Técnicas del Samurái 1200-1877*. Libsa, Madrid, 2009.
- FRIDAY, Karl F.: *Samurai, Warfare and the State in early medieval Japan*, Routledge, New York, 2004.
- FRÓIS, Luis: *Tratado sobre las contradicciones y diferencias de costumbres entre los europeos y japoneses (1585)*. Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2003.
- HASKEW, Michael E. et alii.: *Técnicas bélicas del Mundo Oriental 1200-1800*, Libsa, Madrid, 2009.
- IKEGAMI, Eiko: *La domesticación del samurái*. Anthropos, Barcelona, 2012.
- KAIBARA, Yukio: *Historia del Japón*. Fondo de Cultura Económica, México, 2000.
- MISHIMA, Yukio: *La ética del samurái en el Japón moderno*, Alianza Editorial, Madrid, 2018.
- MIYAMORI, Asataro y KIKUCHI, Kan: *Relatos de samuráis*. Quaterni, Madrid, 2013.
- MIYAMOTO, Musashi: *El Libro de los 5 Anillos*. Obelisco, Barcelona, 2008.
- NITOBÉ, Inazo: *El Bushido. El alma del Japón*. José J. de Olañeta Editor, Barcelona, 2006.
- SHIGESUKE, Taira: *El código del samurái*, Kairós, Barcelona, 2006.
- SMITH, Anthony D.: *La identidad nacional*. Trama Editorial, Madrid, 1997.
- TURNBULL, Stephen: *War in Japan 1467-1615*. Osprey Publishing, Oxford, 2002.
- : *Hatamoto. Samurai Horse and Foot Guards 1540-1724*. Osprey Publishing, Oxford, 2010.
- VARLEY, Paul: *Warriors of Japan as portrayed in the War Tales*, University of Hawaii Press, Honolulu, 1994.
- YAMAMOTO, Tsunetomo: *Hagakure. El Camino del Samurái*. Arkano, Madrid, 2005.